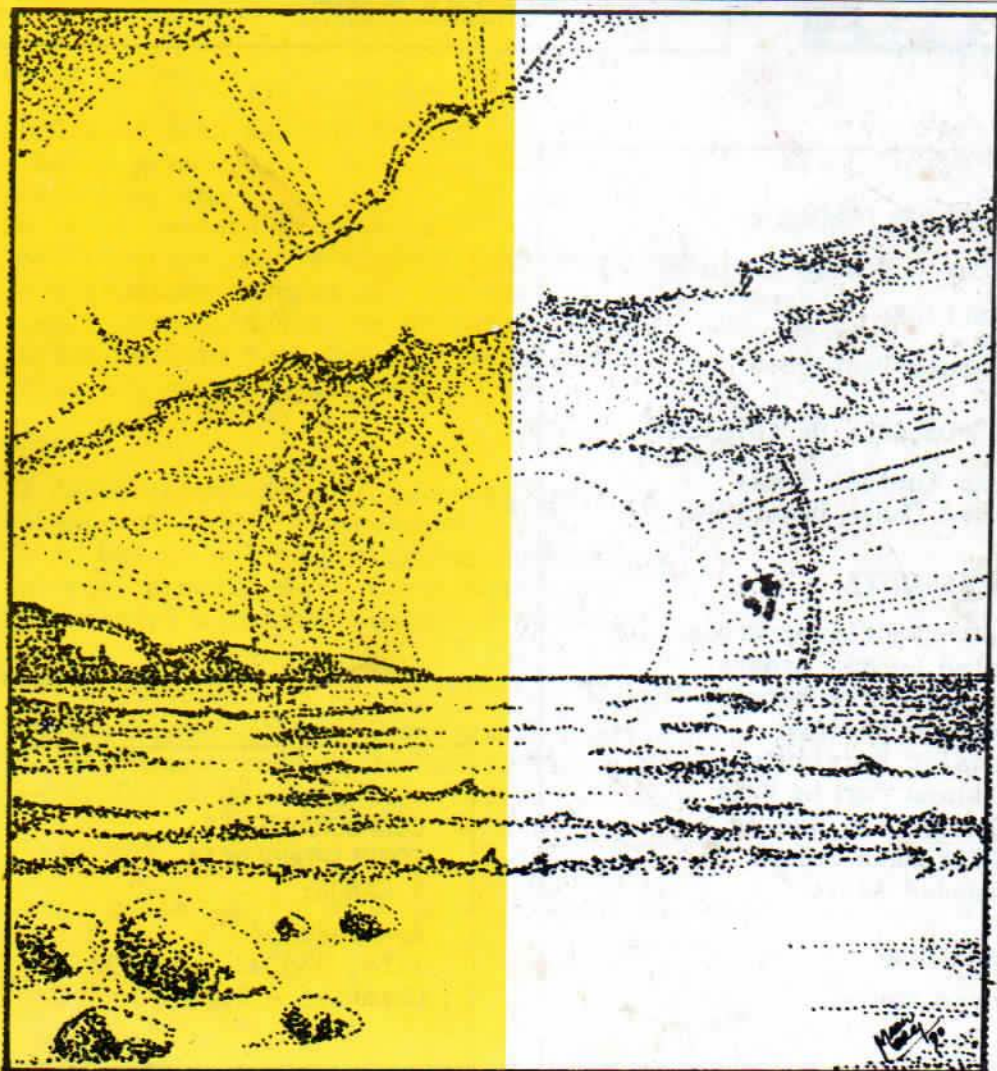


alborada

creación y análisis





alborada

AÑO 19 No.20 SETIEMBRE 1990

Publicación del Grupo de Literatura y Arte

ISLA BLANCA

DIRECTOR FUNDADOR:

Oscar Colchado Lucio

DIRECTOR:

Gonzalo Pantigoso

RESPONSABLE DE EDICION:

Luis Enrique Tamay
Marco Cueva Benavides,

INTEGRANTES:

Pedro Rodríguez Ortiz
Jaime Guzmán Aranda
Luis Aguirre Barrón
Antonio Salinas
Medalit Escalante
Liliana García Ruiz
Gloria Días Azalde
Félix Ruiz Suárez
Brander Alayo

CARATULA:

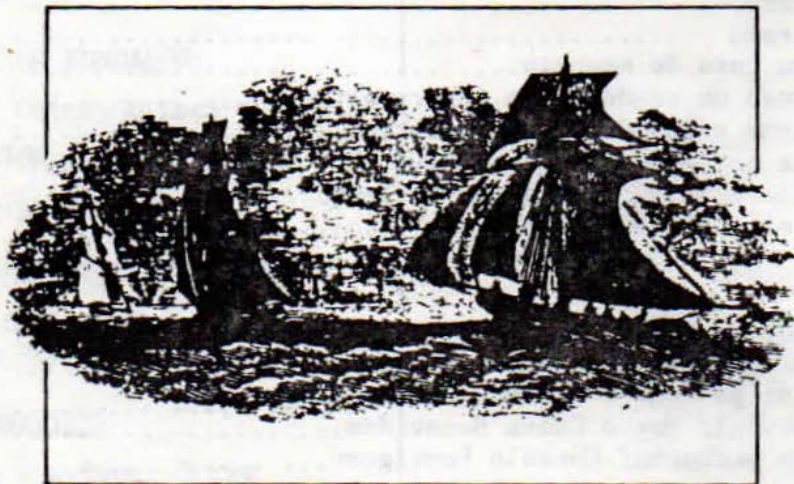
Marco Merry

**COLABORACIONES,
CORRESPONDENCIA
Y CANJE:**

Apartado 57
Tlfs. 335352 - 311392
Chimbote - Perú

Índice

	Pág.
DESDE LA ISLA	3
POESIA DE LUIS ENRIQUE TAMAY	
Consigo mismo	4
Entre postrado	5
No me sé tu cara de memoria.....	6
Que construyo un cuaderno de interrogantes.....	6
Bajo la misma soledad que nos habita.....	7
Simplemente he dejado de quererte.....	8
Tú que naciste para dar luz en mi lecho.....	8
Fruta del manzano apetitosa.....	9
CUENTO	
El dependiente/ Antonio Salinas.....	10
Forasteros/ Medalit Escalante.....	18
Ya no hay ni pa' café/ Liliana García Ruiz	22
Sobre el arenal/ Marco Cueva Benavides.....	27
Se necesita muchacha/ Gonzalo Pantigoso.....	31
COMENTARIOS	
Angelus Novus/ Eduardo Urdanivia Bertarelli	35
La intensidad creadora de Manuel Ibáñez Rosazza/ Saniel Lozano Alvarado.....	38
A UNA VOZ	
Flores de Cajamarca para Manuel/ Luzmán G. Salas.....	42
XYZ.....	46



Desde la Isla

Probablemente la presente edición de ALBORADA reafirme esa ceremoniosa terquedad de la literatura de luchar contra los escollos y el marasmo. Después de algunos años de ausencia, llenado por nuestra breve revista MAREA, vuelven estas páginas siempre con el entusiasmo de ir dando un aporte en el desarrollo cultural de nuestra sociedad y de ir dejando una huella en el camino o de hacer un oasis para que beban los caminantes.

Llegar a la vigésima edición de una revista literaria quizás a nadie sorprenda; pero quienes están cerca de esta manera insólita de sobrevivir, comprenderán que tiene un gran significado; y es por ello, que con todo el cariño que es posible cobijar en el corazón, OFRECEMOS ESTA EDICION COMO HOMENAJE A NUESTRO AMIGO Y COLABORADOR MANUEL IBAÑEZ ROSAZZA, poeta mayor de Cajamarca, quien mientras preparábamos este material dejara de existir para comenzar a vivir espiritualmente entre nosotros y en la conciencia cultural de la ciudad del Cumbe que ha sabido hacerlo suyo.

Este número está orientado a dar muestras de las líneas medulares de nuestro quehacer como son: poesía, cuento y comentarios. A la vez, en presentar las voces nuevas de Enrique Tamay, Medalit Escalante y Liliana García Ruiz, quienes se suman como jóvenes elementos para atizar el fuego del elan vital que nos impulsa en este compromiso.

Agradecemos a cada uno de nuestros auspiciadores por ese importante apoyo que nos brindan y a cada uno de nuestros lectores que con su preocupación y aliento nos han ayudado a rehacer nuestra barca, la cual empieza nuevamente hacerse a la mar.

EL DIRECTOR

Poesía

Luis Enrique Tamay

CONSIGO MISMO

Acaso soy el río que frecuenta el ancho mar
el árbol que tiende su sombra
el libro abierto o el cerrado
o la vida misma que se entrapa en la muerte

Acaso tengo miedo de ser o no ser
un mono
un hombre
puerta abierta
o cerrada al infinito

Acaso soy la suprema ilusión desesperada
de alguien que dormita ya saciado su hambre
su sed de sabiduría
altanero de sus cadenas ya rotas

Quién soy que no me reconozco
cubierto de sombría noche sin refugio
consigo mismo
encadenado con todo el cuerpo.

ENTRE POSTRADO

*Entre postrado
con luz fúnebre
acaso me he de ver
rememorando mi pueblo
y mis gentes
los caminos que un instante
marqué
frente al mar la casa donde nací
y el libro grande y viejo
sobre el baúl*

*En esta primera
y última sensación
de mis carnes
entre tanta gente
y su misma suerte
y tanto murmullo y
tanto silencio
imaginando gradas en ascenso
con la misma sed del principio
por congregarme
con los que me antecedieron
con estos mis trapos
mis poros mis vísceras
mis recuerdos
mis solos recuerdos
posiblemente pronto
todo invadido por gusanos.*

NO ME SE TU CARA DE MEMORIA

*Señor autor de mi existencia
luego que aprendí a vivir en tu silencio
entre el mar y la arena con su nave varada
no me sé tu cara de memoria
seca y muda tu garganta
ni el número de tu talla*

*Eres más que una figura
más que un grito sin eco
que se estrella con la nada
Eres un vaso de gota
que se llena con el fuego arrasador
del recuerdo
una ilusión vagabunda sin ojeras
triste
pretérito
sin más sombra
que la de tus harapos.*

QUE CONSTRUYO UN CUADERNO DE INTERROGANTES

*No es tanto cuando el viento invade mi cuarto
y desordena cuantos poemas inéditos
menos se crea sufro de insomnio
contagiado por el can de mi vecino
que ladra y muerde
la bata de la noche que no corre*

Es el mundo con sus alas abrazándome
un rincón de silencio que emana mi ser
y mis grandes ojos que se posan en los siglos
en el infinito de los cielos sin alcanzarlo
en cada grano de arena con que el viento juega
cuando abro un libro
en cada canción
que navego lúcido a perderme
que construyó un cuaderno de interrogantes
-laberinto con que el mortal suele jugar-
de todo cuanto existe (o no existe)
como caudaloso río
que finalmente se arrastra
a su misma sepultura.

BAJO LA MISMA SOLEDAD QUE NOS HABITA

Meditabundo

-bajo la misma soledad que nos habita-
en esta tarde de luna que más nos recuerda
dentro de mí diviso tu semblante
el crepúsculo de una playa en verano
la barca donde navegas a mi encuentro
el puente que nos une sin desmayo

Cuando aprendo a gritar tu nombre sin oírlo
prometiéndonos desamparados en el silencio
entre el vaivén de las olas a las peñas
que juego a ganar con el verbo que nos alumbra
siento los pasos de tu ausencia forzada
la estrella del sur que no aparece
el cauce que aplaca la sed de nosotros
del día que no llega sin esperarlo
Siento agonizar queriendo tenerte.

SIMPLEMENTE HE DEJADO DE QUERERTE

*Simplemente he dejado de quererte
con la misma intensidad que aún conservas
en el portal de la dicha que imaginábamos
a un paso y dos milímetros
con un blanco de niebla
sin más calzado que la distancia
y la loca manera
en que el tiempo transcurre*

*Ese sabor que se desvanece
y llora sin consuelo
ahora amargo como el nido asolado
rociado de palabras entredichas
es el fruto prohibido
que nuestras manos tientan
murmurando
desnudos por el paraíso.*

TU QUE NACISTE PARA DAR LUZ EN MI LECHO

*Tú que naciste para dar luz en mi lecho
quisiera amarte tanto esta noche
embebiendo tu fuego que te anima
para impregnar mis fuerzas en tu vientre
y sentirte única encontrada en mis brazos
amándote siempre
en la arena de esta isla de luna
sorprendidos en el albor
desnudos
con las gaviotas
que sobrevuelan nuestros cuerpos.*

FRUTA DEL MANZANO APETITOSA

*En verdad te encuentro
con tus blancas manos enraizada
en el fondo de mi pecho
fruta del manzano apetitosa
envuelto con el deseo de la noche
de la brisa y la lluvia que nos recoge
en esta ciudad de luces y laberintos
que construyes un castillo y lo habitas
conquistando mis sueños
amándome a cada instante
y tu aliento*

*El río el mar nosotros
a lo lejos el infinito que nos divisa
encontrados con nuestras sedienta bocas
con nuestros grandes cuerpos
en esta noche que nos sirve de lecho
en esta isla bajo la luna.*



Cuento

Antonio Salinas

EL DEPENDIENTE

Existen dos maneras de vivir -pensaba en esa noche interminable tratando de dormir sobre los paquetes de papel kraft, Pablo Alcántara-. Dos maneras: la de aquí de esta bodega, y la de afuera.

Hacia un año que había llegado al barrio burgués, a la bodega Borja, a ese lustroso edificio azul de dos pisos.

- Pablo, Chimbotero, hay que abrir la bodega! -le gritan, son las seis de la mañana y apenas ha podido dormir, tal vez, una hora.

- Mis clientes me necesitan, no puedo abandonarlos, son como mis hijos -le dijo el primer día que lo aceptó como dependiente.

Pablo traía la mirada de un fugitivo, y don Julio supo al primer instante, que ese muchacho desesperado tenía hambre, un hambre de cholo, de pobre diablo. Ahí lo tenía, parado frente a él, con esa mirada de rapaz, un gallinazo cansado. Un pobre y triste pájaro que venía huyendo, él le daría su carroña, papeles, cartones y trapos para su nido. No, no tenía la cara de un ladrón, más bien parecía un huérfano, sí, un huérfano de provincia. No, no tenía el dejo de serrano y eso contaba a su favor, no, tampoco era limeño, él lo notó en la manera como entró preguntándole si no tenía un trabajito.

- Conmigo aprenderás lo que es trabajo, muchacho, ¿Sabes cuántos años llevo en el negocio?...-Y lo miraba como a un miserable animal que ha metido la cabeza en una calabaza llena de tripas, era la cazuela, sobras del almuerzo. Sí, un muerto

de hambre, parecía humilde, obediente. Pero cuidado, no había que dejarse engañar por las apariencias, estos mierdas a veces te roban el corazón. Este no me parece venir de la chusma, más bien me da la impresión de ser un extranjero, de no ser de este país. No, no es tonto, se hace, lo sé, lo siento. -Te lo digo por experiencia. ¿Sabes cuántos años llevo en el negocio? -Pablo mueve la cabeza, lo mira con esos enormes ojos negros de pájaro cansado, muerde el pedazo de nervio que ha encontrado en la sopa -que no sabes, di, sólo por ver -y el viejo lo ajocha y le golpea el hombro, y Pablo, un poco más animado, aunque con miedo de meter la pata, le dice -diez años. Diez años?! y don Julio le suelta una carcajada ronca, tenebrosa. ¿Tú crees que en diez años se puede llegar a tener un negocio como éste? Qué inocente eres, carajo! conseguir esto me ha llevado toda mi vida! Para ti, seguro que los chanchos vuelan, pero la realidad es otra, muchacho, yo comencé desde abajo, con la carretilla, he tenido que sacarme el alma para lograr tener lo que tengo. Ya verás, si te quedas conmigo aprenderás lo que es negocio, ¿has trabajado antes en alguna bodega? -y Pablo que ya termina la sopa levanta la mirada y le dice que no, que es la primera vez, pero que no se preocupe, señor, que él hará todo lo posible por demostrarle que es capaz, y muchas gracias, la sopita está riquísima.

-No te preocupes, yo haré de ti un buen dependiente. En el negocio hay que ser vivo, rápido y despierto. Felizmente que no eres serrano, esos huevones ni hablar, sucios, piojosos y dormidos, lo peor de nuestro país. Sí, ya sé, me has dicho que de la costa, que vienes de Chimbote, ¿dónde queda Chimbote? Ah!, norteño... dicen que los norteños son honrados, vamos a ver, ojalá no seas ladrón. No, no es porque quiera insultarte pero la franqueza por delante, los años a uno le enseñan, los costeños aprenden rápido y en general, son despiertos, pero, carajo! en su mayoría, ladrones! No, no me mires así, muchacho, sólo estoy previniéndote, tú sabes, la tentación es grande en esta bodega donde hay de todo, pero como dice el dicho, la ocasión hace a ladrón, y más vale precaver que lamentar. Pero a mí, quiero que lo sepas, nadie puede robarme, yo soy del Llauca, chalaco. Así es que no se te vaya ocurrir meter la mano, porque te jodes -Pablo ha cogido un plátano mosqueado que don Julio le ha arrimado y mientras lo pela, muy despacio, escucha ese ronroneo del viejo, un disco gastado que lo fastidia pero que trata de ignorarlo. De vez en cuando levanta la vista y mira al frente a un antiguo y sucio cuadro que adorna la pieza, "The Three Graces" lee, preguntán-

dose qué significa esa leyenda donde tres pelirrojas semidesnudas se ríen alrededor de una fuente llenando unos floridos jarrones de porcelana- Aquí tendrás todo, casa, comida y ropa. Aquí aprenderás a ser hombre, un verdadero hombre.

Después del almuerzo y cuando ya hubo terminado de lavar los servicios y limpiar la cocina, don Julio lo llevó a visitar pieza por pieza toda la inmensa bodega atiborrada de mercadería.

-Aquí tienes dos mandiles, mientras lavas uno, te pones el otro. No te olvides, tienes que estar siempre limpio, mañana vamos a la peluquería a que te corten el pelo. No hay mucho sitio, así es que te acomodas ahí, en ese rincón -la casa es un laberinto lleno de latas, cajas y paquetes, todo está copado, no hay un solo sitio vacío y la mercadería ha invadido, como yerba mala, todos los rincones, hay formas que se retuercen y quiebran, rumas de objetos, botellas, frascos, como aprender todo esto, tendré que memorizar, memorizar, piensa Pablo, sí, todo se aprende.

- Mira, aquí puedes dormir, sobre estos paquetes de papel kraft. Toma esta frazada, tendrás que lavarla, el que se fue era un sucio'e mierda, mira cómo te ha dejado de mugrienta la manta. La comida no te faltará en esta casa, tú comerás siempre al último, así aprovecharás para lavar las ollas. Ya verás, ya verás cómo aquí te vas a engordar, muchacho. Y no te olvides, recuérdalo siempre, sólo puedes perder tu puesto por tres motivos: ser sucio, flojo o ladrón!

Hace un año y la noche es interminable. Tengo que irme, piensa. No he sido flojo ni sucio. Seré ladrón. No me ha dado una sola propina, ni tampoco un solo día libre. Si le digo que me voy no me dará nada. ¿Qué día es mañana? Anda confundido con los días. Los meses pasan. Hace una semana don Julio colgó los nuevos almanaques, la bodega se llenó de panetones d'Onoffrio, Navidad, Navidad.

Vestiditas de blanco entran, parecen enfermeras, pero no, no son enfermeras, son las sirvientas del barrio, serranitas, y mientras las despacho don Julio mira de soslayo la balanza.

-¿Por qué eres tan cojudo, Chimbotero - le dice cuando no hay nadie-, cuándo vas a aprender, ya te he dicho chimbotero el negocio se va a la quiebra si lo dejo en tus manos, cuántas veces te lo he repetido, el comerciante tiene que ser vivo!

El viejo conoce su negocio, y la diferencia entre un burgués ancestral y un arribista él la detecta inmediatamente

- a mis clientes los conozco como si los hubiera parido - le dice - mira, ahí viene uno, observa como hago.

El rico, el verdadero burgués, nunca pone peros ni reclama nada. Entra saludando y a veces hasta se permite darle la mano al viejo.

-A ver, don Julio -le ordena- deme dos botellas de wisky, seis chocolates suizos y cuatro tarros de duraznos chilenos- Mientras Pablo acomoda todo en una cajita, el rico saca la billetera y paga sin decir nada una cuenta alterada.

En cambio, el otro rico, el arribista, entra como un animal apurado, ordena. Mira las botellas como si desconfiara de las etiquetas Chivas Regal y se hace repetir el precio, el cual es siempre aumentado. Cuando pide los duraznos y los chocolates pregunta si son buenos y el viejo, sonriendo le dice, excelentes. La cuenta, el arribista, jamás la paga sin verificar. A este tipo de burgués, el viejo Julio odia a muerte es a éste a quién más le roba.

Verse reflejado de esa manera tan grosera, patán y mezquino al mismo tiempo, debe sacarle de quicio, de ahí su odio profundo. Don Julio pertenece a esa casta de serranos renegados. Niño llegó al Callao, trabajó y robó toda su vida, se volvió un chalaco, del Llauca como él dice. ¿Cómo diablos se instaló en este barrio burgués? Esto, hasta ahora, Pablo no ha podido descubrirlo.

Me voy o me quedo de sirviente para siempre, piensa en esta noche de luna, se lo repite desde ya hace varias semanas, tiene miedo, se acurruca, se arrima a la pared, otra vez en la calle, sin nada, frío, a dónde ir, de Lima a dónde se puede ir?

¡Me voy!...se lo dice. Se ha sentado sobre los fardos de papel, mira por la claraboya esa luna redonda.

Levantó una loseta en el rincón, era el primer paso, iba a pasar al acto a partir de mañana.

Todos los días le robaba un billete y por las noches lo metía debajo de la loseta. Al cabo de dos meses había logrado reunir una buena cantidad.

Esta noche, la última, ya no piensa ni siquiera recuerda, ahí está, con su cuchillita tratando de levantar los tacos de sus viejos zapatones. A la luz de la vela, como un cansado y asustado zapatero, hizo un hueco en cada tacón, metió los billetes y con el tubo de cola instantánea que ya tenía preparado de hace tres días, pegó los tacos y se quedó borrando toda huella visible hasta la madrugada. Se estiró con una

sonrisa sobre las resmas de papel, se cubrió con la manta. Se veía por la avenida bordeada de aucalíptos, ligero, caminando bajo un cielo claro, el día era hermoso y él cantaba. Ve otra vez a esas tres pelirrojas que se bañan desnudas, se acerca a la fuente y ellas se ríen, ¿qué quiere decir te tre gracias? les pregunta mientras ha empezado a quitarse la camisa para ir a jugar con ellas, cuando oye a sus espaldas la voz de un policía que le grita, oye chimbotoero! voltea, abre los ojos y ve a don Julio, icarajo!, duermes como un patrón, chimbotoero! vamos, las seis de la mañana!

Que los viejos zapatones se ensucien, que pasen tres o cuatro días, que pueda soportar, si ya soporté un año por qué no tres, cuatro días más, por qué no...

Es una semana desde que puso los billetes en los zapatos. Espera impaciente la hora del desayuno, se lo dirá tomando el café.

-Don Julio, quería decirle que esta es la última semana que trabajo con usted, la próxima me regreso a Chimbote.

-¿Qué dices? le responde palmeándole el hombro, riéndose, como si Pablo acabara de hacerle una broma estúpida -¿Estoy sordo o he oído mal? ¿Estás borracho, chimbotoero?!

- No, don Julio, he pensado que lo mejor es que regrese a mi pueblo.

-¿Pero qué mierda vas a hacer allá, en tu Chimbote?!

- No sé, todavía no sé, pero quiero regresarme.

- Y qué crees, que me vas a dejar plantado, así, porque a don Pablo se le ocurrió regresar, y ahora, sobre todo, en plena temporada de verano, no jodas, Pablo, ya hablaremos de eso el próximo mes.

- Le estoy anunciando una semana antes, don Julio, usted sabe muy bien que un muchacho lo encuentra en el acto. Todos los días vienen un montón buscando trabajo -el viejo da un puñete en la mesa y violento le contesta.

- Calla, calla carajo! A mí no me vas a venir a dar consejos. Y qué es eso de amenazarme que la próxima semana te vas. Si quieres irte, te largas ahora mismo!

- No se amargue, don Julio -trata de calmarlo, aunque en el fondo quiere irsele encima, cabecearlo, pero no, un año viviendo en la bodega y había aprendido a conocerlo. Sabía que el viejo tenía todas las de ganar, y él todas las de perder por eso es que, dándose un poco de coraje para mantenerse sereno, vuelve la mirada hacia ese cuadro sucio que durante más de un año lo ha acompañado en cada comida. las tres peli-

rojas rien y el no pudo comprender el significado de "The three graces". Tratando de sonreír agrega - Lo único que yo quería era avisarle con tiempo don Julio, no se amargue. Pero el viejo ya se desbarrancó, es un venenoso reptil acorralado que busca aniquilar.

- Eso es cosa mía, puedes irte cuando quieras!

-Don Julio... - y ahora sí viene lo más delicado, lo presiente y por eso duda, pero tiene que decirle, aunque casi sin ninguna convicción - usted sabe... he trabajado más de un año... y bueno... no tengo un centavo, a ver si me da algo, aunque sea para mi pasaje - no logra terminar las últimas palabras, el viejo lo interrumpe violento, como si al crótalo irritado le hubiesen pisado la cola.

-¿Estás cojudo o qué mierda te pasa, chimbotero?! Qué buena concha! te he dado casa, comida y ropa, y todavía quieres que te de plata! Puta, ni que fuera tu padre! No, carajo! tú te me largas antes del almuerzo, inmediatamente te me borras - el viejo lo sabe, Pablo no podrá reclamar nada, está perdido, él tiene la plata, y tener plata, significa tener razón. Quejarse a la autoridad, pensaba Pablo, sería ofrecerse como voluntario para la cárcel: sirviente ladrón intenta asesinar a su patrón! -Y puedes ir a quejarte donde quieras, pero te prevengo, chimbotero, saldrás perdiendo.

Sentía muchas cosas, como esa vez del terremoto en el barrio cuando se cayó todo, quería hundirse o correr, como esa vez cuando la policía les quemó el rancho en la invasión, no, no comprendía nada, algo iba mal, dónde estaba, lo mejor era salir, ya no decirle nada, quedarse en silencio, que pase un momento, sentado a la orilla del mar, mirar las lanchitas, el mal humor se le pasará, sí, después le dirá que se queda, sí, don Julio, me quedo, me qued...

- Anda, agarra lo que es tuyo - lo sacude sacándolo de un tirón del silencio en que trata de meterse-, y te me vas -agrega acompañándolo al rincón de la pieza donde el gallinazo había hecho su nido. En una cajita de leche Gloria acomodó su basura y cuando puso el último trapito alzó la cabeza, esa cabeza negra y rapada y lo vio, ahí, parado como un viejo cazador, observándolo.

-¿Ya acomodaste todo lo que te pertenece? No te olvides que llegaste sin nada y te vas con una caja.

- ... -es un silencio que le duele y se hiere las manos apretándose los dedos, las alas ya no le obedecen, caerá de pico contra las rocas. Tiene la cajita prensada contra el

pecho, levanta la cabeza, va a salir.

- A ver, déjame ver esa caja!

Vació la caja y rebuscó meticulosamente andrajo por andrajo sin encontrar nada. Después revisó al muchacho, le metió la mano en todos los bolsudos bolsillos y le obligó a bajarse los pantalones creyendo que iba a encontrar una bolsita llena de plata escondida entre el sexo. No encontró nada. Pero algo había en el aire, él, viejo chalaco con experiencia, lo sentía, ese olfato nunca le había engañado, lo miraba de pies a cabeza y cuando Pablo se puso la cajita en el hombro y se preparaba a salir, el viejo le gritó, como si de repente, por obra de un milagro hubiese descubierto algo:

-!Espera, chimbotero! Sácate los zapatos!

Pablo se saca los viejos zapatones. Uno por uno los coge, ávido mete las manos dentro, las zarpas arrancan las plantillas de papel, mira y remira el cazador esos dos negros patos muertos, los examina meticulosamente, un rictus de amargura se le dibuja en la boca, no, no es posible, mierda. El cazador sufre, tiene los patos destripados en las manos y no encuentra nada. Es una grave decepción, pero al mismo tiempo escucha que le golpean en las orejas, no seas cojudo, Julio, no seas cojudo... Ya no sabe qué hacer, se siente bamboleado entre la decepción y la malvada esperanza de que el chimbotero le está robando, tiene los zapatones con las lengüetas colgando, y, en medio de estos dos sentimientos contradictorios le tira los zapatos y le dice:

- No sé, carajo, pero sé que te vas robándome. Seguro que te has metido la plata en el culo, desgraciado! -Pablo ya no le contesta, despacio se amarra los zapatos, coge la cajita y sale. En la puerta, se queda unos instantes mirándolo, lo ve, es un cazador chiquito, patizambo, con el pelo trinchudo. Un mandil blanco le cubre la barriga y sus manos le cuelgan como cansadas. Hay en su mirada una mezcla de cólera y miedo al mismo tiempo. Lo ve como perdido, en una ominosa floresta buscando un sendero, una salida que lo lleve a su cabaña, a su bodega.

Hace un último esfuerzo por conmoerlo y le dice.

- Deme algo para el pasaje, don Julio, no sea tan mala gente.

- No jodas, carajo! jódete por huevón! -Pablo le da las espaldas y empieza a salir, cuando siente que lo empuja y le grita:

pecho, levanta la cabeza, va a salir.

- A ver, déjame ver esa caja!

Vació la caja y rebuscó meticulosamente andrajo por andrajo sin encontrar nada. Después revisó al muchacho, le metió la mano en todos los bolsudos bolsillos y le obligó a bajarse los pantalones creyendo que iba a encontrar una bolsita llena de plata escondida entre el sexo. No encontró nada. Pero algo había en el aire, él, viejo chalaco con experiencia, lo sentía, ese olfato nunca le había engañado, lo miraba de pies a cabeza y cuando Pablo se puso la cajita en el hombro y se preparaba a salir, el viejo le gritó, como si de repente, por obra de un milagro hubiese descubierto algo:

-!Espera, chimbotero! Sácate los zapatos!

Pablo se saca los viejos zapatones. Uno por uno los coge, ávido mete las manos dentro, las zarpas arrancan las plantillas de papel, mira y remira el cazador esos dos negros patos muertos, los examina meticulosamente, un rictus de amargura se le dibuja en la boca, no, no es posible, mierda. El cazador sufre, tiene los patos destripados en las manos y no encuentra nada. Es una grave decepción, pero al mismo tiempo escucha que le golpean en las orejas, no seas cojudo, Julio, no seas cojudo... Ya no sabe qué hacer, se siente bamboleado entre la decepción y la malvada esperanza de que el chimbotero le está robando, tiene los zapatones con las lengüetas colgando, y, en medio de estos dos sentimientos contradictorios le tira los zapatos y le dice:

- No sé, carajo, pero sé que te vas robándome. Seguro que te has metido la plata en el culo, desgraciado! -Pablo ya no le contesta, despacio se amarra los zapatos, coge la cajita y sale. En la puerta, se queda unos instantes mirándolo, lo ve, es un cazador chiquito, patizambo, con el pelo trinchudo. Un mandil blanco le cubre la barriga y sus manos le cuelgan como cansadas. Hay en su mirada una mezcla de cólera y miedo al mismo tiempo. Lo ve como perdido, en una ominosa floresta buscando un sendero, una salida que lo lleve a su cabaña, a su bodega.

Hace un último esfuerzo por conmooverlo y le dice.

- Deme algo para el pasaje, don Julio, no sea tan mala gente.

- No jodas, carajo! jódete por huevón! -Pablo le da las espaldas y empieza a salir, cuando siente que lo empuja y le grita:

- Fuera, fuera conchetumadre! Chimbotero ladrón! Hijo de puta!

El muchacho da media vuelta y le clava un puñetazo en plena cara. El viejo sale catapultado contra la vitrina reventando los vidrios -Ay me matan! -grita sangrando a borbotones. Pablo con la cajita en el hombro corre por la calle de los olivos. Se pierde entre los jacarandaes bajo una lluvia de flores rojas, pavorido corre sin lograr levantar el vuelo.

París
Febrero 1989

FORASTEROS

Por muchos años sus manos habían cogido con delicadeza aquel tablero mágico de donde nacían miles colores; el pincel de cerda se deslizaba entre colores cálidos, tiernos, tristes, alegres; que lloraban, reían y suspiraban al posarse en la piel blanca y tersa del lienzo. Nadie lo conocía en el pueblo. "Tiene innumerables años, dicen que llegó con el viento", contaban los más ancianos. Las curiosas miradas se posaban en los hermosos jardines que rodeaban la extraña vivienda entre tanto sobre las bellas matas de geranios, violetas y margaritas sobrevolaban afanosas abejas, mientras los colibríes batían sin descanso sus tornasoladas alas. El sol, cuando se ubicaba enfrente, se detenía un instante y brillaba con más fuerza. Por eso era que las muchachas preferían ir a bañarse a la quebrada de al lado. Desde ahí observaban una hermosa puesta del sol y podían divisar los paisajes y figuras jamás vistas. Los mayores decían: "Es cosa del demonio, nunca lo hemos visto". Todo el pueblo quería conocerlo y con tal fin empezaron a crear historias. -Yo lo he visto bajando con hacha y látigo en la mano ¡es un maldito!. El rumor, las voces corrían con desesperación de boca en boca.-¿Habrás visto? estaba desnudo paseándose entre las flores y... tenía cola. Las mujeres conversaban en los corredores y en los mercados, en los bases se escuchaban juramentos. -¡Como hombre que soy voy a ir a verlo y lo voy a traer a rastras! Los ancianos al pasar por la calle se ponían de rodillas, se descubrían el pecho y se golpeaban gimiendo el ave maría.

Aquella tarde cuando el caluroso astro ya recogía sus últimos rayos dorados para dar paso al oscuro manto nocturno, el galope de un caballo que ingresó al pueblo puso en sobresalto a los curiosos. Puertas y ventanas se abrieron con cierto sigilo. Las mujeres se persignaban presurosamente. Hacía cientos de años que ningún forastero había llegado, desde el día en que entrara aquel maldito, trayendo peste al pueblo, hubo muertos como estrellas hay en el cielo. Desde la ventana de su casa, que colindaba con el bar del Facundo, la vieja Antonia Santo Cristo observaba detenerse al caballo. El hombre desmontó de un salto ágil, colgó sobre su hombro una pesada alforja, amarró la sogá en el umbral de la puerta, se quitó el sombrero de fieltro e ingresó con pasos firmes al bar. Antonia Santo Cristo se apretó las manos con suficiente fuerza reventándose la vena del pulgar izquierdo. La sangre se le fue extendiendo bajo la piel quedándole el brazo completamente negro. La mañana del dos de Mayo diría ante los jueces: "Fue la noche en que ingresó a galope un caballero al pueblo". Y por siempre lo recordaría. No dio importancia a lo que ocurrió en su mano y abrió desesperadamente un viejo baúl de donde emanó un fuerte olor a naftalina. Sus viejas y torpes manos palparon en la oscuridad con delicadeza una de las prendas que guardaba. Sus pequeños ojos dejaron rodar dos gruesas lágrimas que cayeron tibias por sus rugosas mejillas. Cogió con delicadeza un rosario de plata, puso llave al baúl y a tientas volvió a la ventana. Se sentó cautelosamente en su mecedora de roble y por una angosta abertura de la cortina de pana observaba el bar y el caballo murmurando el padre nuestro.

El pincel con gran maestría surcaba el cielo, los cerros, los ríos, las chozas. Recorría montañas y valles. Dos ojos mágicos ya casi ciegos, lo perseguían con insistencia, tenían un tono azul jamás visto en la tierra y posaban sobre su rostro triste rugoso de sonrosadas mejillas de donde se desprendía una abundante barba blanca que en algún tiempo fue rubia y se extendía hasta la cabellera. Al surcar un paraje desolado el pincel se detuvo, los ojos se desviaron para posarse sobre una hermosa mariposa que jugueteaba sobre la vela encendida. Su angosta y débil figura se agigantaba en las siluetas que proyectaban las sombras en la pared. Luchaba por quemar sus alas. "¿Crees que la vida ya no tiene sentido? ¿O quién te lastimó tanto para hacer lo que haces pequeña maravilla? Te tomara entre mis manos, te llevara a los jardines babilónicos

más hermosos, pero te quitaría el sagrado derecho de encontrar la paz con la muerte". Cuando terminó de pronunciar la última frase el animalito se sacudió sumergido en las candentes lágrimas de cera donde quedó fijado. "¡Ah pretenciosa, buscas la luz para morir luciendo tu belleza". Dejó el pincel, extendió su temblorosa mano y lo tomó con delicadeza entre los dedos cuando Antonia Santo Cristo terminaba de rezar el rosario.

Al día siguiente desde tempranas horas los curiosos se conglomeraban en los mercados, las tiendas abrieron sus puertas más temprano de lo acostumbrado, nadie sabía donde estaba el forastero, las ancianas corrían de un lado a otro quemando hojas de romero, la vieja Cristina había iniciado el saumerio casa por casa. El llanto de los niños se escuchaba desde la distancia de dos kilómetros. Los estaban bañando con achicoria y les daban de latigazos con sogas de cerda para evitar que llegara la peste con el forastero. "Di un pestañeo, al abrir los ojos ya no estaba". "La rabia que me da, este muchacho pide orinar voy pa' atenderlo, vuelvo y ya no estaba". Hombres, mujeres y niños comentaban el suceso, un grupo se dirigió rápido al bar del Facundo. Golpearon con desesperación la puerta, sacudieron la ventana. ¡Facundoooooo! ¡Facundoooooo! Poco a poco el pequeño grupo fue creciendo hasta convertirse en una peligrosa turba. La coja Tarcila Nuñez mientras tendía el maíz y alejaba a los gallos con su palo, pregonaba: "¡Vayan a casa del paulino Buena Esperanza, ahí está el Facundo". La turba empezó a correr a dicha dirección, río abajo. Los encontraron subiendo por la quebrada del molle. Todos lo rodearon. - ¡pa' dónde se fue! - ¡A quién buscaba! - ¡Cómo llegó acá! - ¡Qué fue lo que te dijo! Las voces cada vez más gritonas iban aumentando. - ¡Habla Facundo, habla, anda, qué fue lo que te dijo, habla! Sus ojos turbados miraban contrariados a todos los rostros furiosos, interrogantes. El sudor se desprendió de su frente y empezó a correr por su rostro agujereado por las viruelas. Sus labios intentaron balbucear algo, cuando un golpe en el pecho lo hizo rodar cuesta abajo. La multitud enardecida corrió impartiendo golpes. Cuando ya llegaba al medio día su cuerpo fue arrastrado hasta la plaza mayor donde lo mantuvieron al aire libre durante quince días. Nadie lo miraba al cruzar la calle. El cuerpo completamente hinchado y deforme mantenía los ojos abiertos, fijos y penetrantes como buscando en cada mirada esquiva la razón de su terrible castigo. Sólo Antonia Santo Cristo solía mirarlo de rato en rato desde su mecedora.

Al décimo día la población quedó a oscuras, las moscas lo invadieron todo tapando la luz del día. Un olor pestilente y nauseabundo quedó impregnado por un período de tres años, tiempo que demoró la vieja Cristina de sahumar de casa en casa, al onceavo día salieron todos de sus casas portando bonzos encendidos a pelear contra las moscas y la pestilencia. Al cabo de tres años Antonia Santo Cristo diría ante los jueces: "en la oscuridad pude apreciar que muchos tenían las narices carcomidas y estaban completamente ciegos". Sin comprender que ella también lo estaba. Aquel día unos a otros se prendieron fuego queriendo terminar con las moscas. Antonia Santo Cristo se mantuvo sentada en su mecedora esperando que le llegara el turno. Cuando la tarde caía, el pincel dejó de correr sobre el lienzo. -Francisco, ¡Francisco!- Llamó el anciano. -Abre la puerta. Las amplias puertas de cristal se abrieron de par en par. Un suave olor a margaritas inundó el ambiente, cuando un grupo de niños ingresaba feliz a gozar admirando el mundo recorrido por los viejos pinceles, en el rostro del anciano se dibujó una amplia sonrisa. Manejando su silla de ruedas se aproximó hasta la ventana y allí enfrente está Antonia Santo Cristo, abanicándose junto a sus cortinas de pana. Un forastero recorría las calles ofreciendo cientos de novedades que hombres y mujeres miraban maravillados, mientras el rojo pincel de toscas cerdas, reposaba agotado sobre el tablero.

YA NO HAY NI PA' CAFE

Sucedió hace tanto tiempo que creo que fue en otra vida. Los velorios ganaban siempre mi atención y en especial éste, ya que la casucha que ostentaba una ancha y descolorida cinta negra, se me hacía conocida. Viendo directamente el sencillo pero imponente ataúd gris, me persigné, con ese mecanizado fervor aprendido desde niño. Y no pasó mucho rato cuando una mujer me invitó a pasar, se parecía a una de esas jóvenes matronas, rollizas y con montones de hijos, llenas de cortesía y vitalidad. No vestía de negro pero la amplia falda gris con la chompa blanca, le prestaban la seriedad necesaria. Me jaló suavemente y con súbita fuerza me sentó en una banca y me dejó prometiéndome un café; esa energía no podía pertenecer a un pariente del finado y me disponía a creer que era una vecina muy colaboradora, cuando dos ancianas acongojadas llamaron a mi joven bienechora:

- María, hija, debes tener valor.

- Tu madre fue una santa -Agregó la otra.

Y las viejas lloraban a moco tendido, abrazando y consolando a la María, la cual se rebelaba y no aceptaba ni el seno de las beatas ni les devolvía el abrazo, por el contrario rápida se separó de ellas e indicándoles un par de sillas, les dijo:

- Gracias, tomen asiento, ya les traeré unos cafecitos.

Y en ese momento un alarido salió de la habitación del fondo:

- ¡Ayy, Ayy Mamaciiita, por qué me dejaste mamaciita!

Una de las viejas, aconsejó:

- María, dale agüita de azahar.

Me enternecí al verlas salir todas de negro, flacas y paliduchas; las reconocí por sus nombres cuando las mujeres se acercaron a consolarlas. Y fue el comienzo, el agua de azahar corría de mano en mano. los sollozos y los gritos desgarrantes me habrían abatido sino hubiera sido por la tenaz voluntad del viejo que sentado a mi lado contaba chistes picantes. persistentemente me daba toquecitos en la espalda obligándome a reír. Con deferencia se dirigía a mí agrandando los ojos; y sonándose la colorada nariz, tragaba luego un sorbo de cañazo como preludeo a un nuevo chiste.

- Oiga Ud. ¿La conoció de joven? -me preguntó- pero sin esperar mi respuesta, prosiguió:

- Era una chola buenamoza, coloradota como la María, con unos pechos que pa' que te cuento, ah y un cucú, tentación del diablo, que te daban ganas de pellizcarlo -Y más bajito, con picardía empavonado, agregaba- Bueno de santo nada tengo y a veces le daba su buen pellizcón, ay, como saltaba la chola..., que Dios la tenga en su Gloria.

¿Conocí a esa mujer? no lo sabía. Pero me ofendí como marido celoso y quise romperle la cara a puñetazos; me lo impidió María con su llegada, quien le preguntó al narizón.

- Don Lucio, no habrá visto a mi hermano?

- Sí, sí, el Javicho con su mujer se venían después de ver al cuñado.

- Ah, al Fernando, espero que le preste plata pa' que pague el nicho.

- Sí, ya es hora porque la finada tiene un olorcito jodido, ha -Y frotándose la nariz, el viejo, propició un coro de risas compungidas.

- Que olorcito ni que vainas Don Lucio, el que huele es Ud. de tanto cañazo que ha chupado -y en medio de una explosión de desinhibidas risotadas, añadió categóricamente -Mejor les traigo un cafecito.

Pero lo del cafecito se le olvidó al llegar el Javicho, a quien jaló hacia la cocina:

- Javier ¿Has traído plata? Tenemos que pagar el nicho, ya se está velando cuatro días y no hay ni pa' café.

- Pues no tengo, qué voy hacer.

- No te hagas el cojudo, tú no has puesto ni pal cajón y mi madrecita se está pudriendo mientras ofrezco café como una idiota.

- No friegues, estoy sin trabajo, desembucha tú que eres la millonaria.

- Tas loco, ya he puesto casi todo, hasta empañé mi televisor, ya no pongo ni agua.

- Pues entonces dile a esos viejos borrachos que se vayan a su casa, ¿Si no sabré que sólo vienen pa' chupar?

- Eres un tacaño desgraciao, pero mi madrecita te va a joder, -- vas a ver.

- No me jodas ¿ya?

Javier salió del cuarto y se vino a nuestro grupo, prendió el último cigarrillo que le quedaba y pude saber lo que pensaba: "podría ser cierto que mi madrecita me jale las patas, pues por ahí dicen que era medio bruja".

Luego salió María con la frente en alto y la mirada rabiosa despreciando a todo aquel que no podía darle café; pero por ahí no faltó una que considerando que no le había traído el café prometido y que con todos se había cometido el mismo olvido, se lo recordó; recibiendo sólo una mueca desdeñosa con un "más tarde" dicho al azahar; por supuesto la respetable anciana era demasiado educada para ofenderse y con un fingido suspiro pudo decir: "Pobrecita, no sabe ni en dónde está parada".

María se sentó al lado de su hermana Juana, y aunque estaba muy lejos para oír algo, puedo jurar que le dijo:

- Oye Juana, no tendrás algo de plata, no hay nada para cerrarles el pico.

- No te preocupes María, la gente comprenderá.
- Que vainas, van a rajar ya vas a ver, si hasta dicen que ya huele feo; ay, que vergüenza... y aún no podemos pagar el nicho.

Vi como Juana desviando la mirada, pensaba: "Yo no he puesto nada, aunque sea pal nicho voy a ver si le saco al Jacinto".

La María frustrada, la dejó con otro "Ay, que vergüenza".

Transcurrió la tarde y todas las gentes se movían inquietas, se llevaban las manos a la frente y de pasada se estrujaban la nariz. Algunos salían; otros se quedaban afuera, en las esterillas; pocos eran los que volvían a entrar, y pronto quedamos las dos viejas, María, Javier, Juana, Teresa, Don Lucio y yo.

El olor fétido se iba acentuando, razón por la que María posaba rabiosa su mirada sobre Javier. De pronto, sonaron tres pequeños estallidos que nos desconcertaron, sonó como si algo estuviera desinflándose, inundando la casa de un nauseabundo hedor. La Teresa que hasta unos momentos antes estaba sumida en llanto, fue la primera en salir disparada proclamando:

- ¡Ay, ay mi madrecita está penando!

Las viejas no se quedaron atrás, murmurando unos Ave María Purísima, salieron como almas que lleva el diablo. Un montón de cabezas se asomaron por la puerta, y yo muy indiscreto hurgué en el cerebro de María:

- "Ay que vergüenza".

Y en el de Juana:

- "Le digo a mi marido que me dé pal nicho".

Y me hallo en el de Javier:

- "No vaya a salir cierto viejita que eres medio bruja".

La gente desesperada nos llamaba, y Don Lucio cuya nariz se le había puesto blanca, aún pudo bromear:

- Ay, parece que la viejecita quiere ir al baño.

Yo le envié una de mis miradas fulminantes, pero ni cuenta le hizo; pues sucedió el gran estallido, no fue espectacular pero sí impresionante; la explosión fue corta, pero el ruido, el hedor, el movimiento del ataúd y la salpicadura del cristal hecho pedazos fue más que suficiente para que la gente se lanzara despavorida calles abajo. Los gritos y ayes se sucedían interminablemente. El ataúd quedó ladeado, siendo abominable tanto el olor como el espectáculo de ver vísceras y carne descompuesta desmenuzada y regada por la superficie del cajón y el suelo. Nuestros pulmones hicieron su mayor esfuerzo. La María y yo, que fuimos los últimos, salimos tapándonos la nariz y tosiendo como condenados; encontramos a la gente como a cincuenta metros a la redonda y en sus miradas atónitas descubrí que querían saber si habíamos tenido algún encuentro cercano de tercer tipo con la vieja. Llegó la ambulancia, la policía y los bomberos, y formaron por una simple vieja todo un barullo; se pusieron máscaras para entrar a la casa, y con gritos y advertencias dispersaron a la gente, anunciando luego a los familiares, que incinerarían el cadáver. Y volví a hurgar nuevamente en los pensamientos de los dolientes:

- "Que suerte, ya no tendré que pedirle al Jacinto pal nicho".
- "Viejita, no me vayas a jalar las patas".
- "Felizmente, pues ya no hay ni pa'café".

Y en ese momento la vi salir diáfana, dejando atrás los despojos de su cuerpo agrietado y maloliente y sonriéndome entre los hombres de escafandras. Dándome cuenta que estaba allí; me volví etéreo, ingrávido; la cogí de las manos y al levantar la vista vi la cinta negra que se compró para mi entierro.

SOBRE EL ARENAL

Había decidido buscar al niño aquella fría mañana en cualquiera de los tres lugares a donde podía haber sido llevado en esta ciudad desordenada, maloliente y cruel, donde las camas de hospital escasean como el agua y las enfermedades abundan como la basura y la tierra en los pueblos jóvenes.

Frente a la playa de un mar de aguas oscuras, en el barrio de la Caleta, se alzaba el viejo hospital que más vidas ha salvado en la historia de Chimbote. Allí lo busqué porque lo había enviado para que se internara, pero cuando recorrí la sala de emergencia y el pabellón de Pediatría, me causó sorpresa el no encontrarlo. Hablé con los médicos de turno, revisamos los partes de atención, pero su nombre no figuraba por ningún lado. "Así es hermano -me dijo un médico- cuando los mandan aquí al hospital, nunca se sabe si vienen, prefieren tratarlos en su casa". Sólo encontré historias semejantes de otros niños que como vidas paralelas estaban unidos por la tragedia de estar en un lugar que injustamente tenía la fama de un camal humano.

No sé porque el niño empezó a ser una preocupación que no me permitía trabajar tranquilo ni conciliar el sueño. Había sido uno de los veinte que aquella tarde atendí en la Posta de la Urb. 21 de Abril donde me encontraba trabajando desde hacía cuatro meses. Cada tarde compartía entre los pequeños pacientes y sus madres, momentos de alegría, de tristeza y

hasta de rabia. Algunos problemas de salud resultaban rutinarios otros representaban un problema de diagnóstico y de tratamiento, cada niño traía una propia y dramática historia de su vida. Algunos, para satisfacción nuestra, mejoraban, pero la mayoría regresaban repetidamente por una u otra enfermedad. Parecían no curarse nunca, así sobrevivían una parte de ellos al pasar el año de edad.

Noé, tenías 3 años y 8 kilos cuando llegaste a la consulta, pero eras propietario de una larga historia. La semana anterior habías sido visto en la Posta del P.J. La Unión y te habían indicado análisis de sangre, exámenes de Bacilo de Koch y radiografía de pulmones. Tu madre traía los resultados para que los viéramos. La placa era tan reveladora como tu carita de niño viejo y tu cuerpo de recién nacido, los análisis eran positivos para el bacilo tuberculoso, tenías una anemia severa y en el examen clínico te encontramos un cuadro pulmonar intenso. No existía duda en el diagnóstico, tenías una tuberculosis miliar, generalizada. Para desgracia, tu viejita había empezado su tratamiento por esa misma enfermedad hace 3 meses, pero a los 2, lo abandonó. Era necesario hospitalizarte, por eso hice una nota solicitando tu internamiento inmediato.

Al día siguiente, decidí ir a buscarlo al nuevo hospital Regional ubicado en la zona sur de la ciudad, pensando que si por alguna razón el niño no había sido llevado a La Caleta, podrían haberlo internado allí. Muchos lo preferían por su majestuoso edificio, sus pisos deslumbrantes y su moderno equipo hospitalario, aunque encerrara entre sus cuartos las mismas tragedias de las gentes del puerto. El viaje tardó 45 minutos en el micro José Olaya que pacientemente paraba en cada esquina, a pesar de que la distancia entre la ciudad y el hospital era de cerca de 12 kilómetros. En el hospital hablé con el Jefe del Servicio de Pediatría, recorrimos las salas del 4to. piso, revisamos los partes de asistencia de los últimos dos días, pero el nombre del niño siguió sin aparecer. Decepcionado volví a mi posta pero con el afán de seguir buscándolo y preocupado por su destino del cual me sentía responsable.

Noé Abraham ¿dónde estarás? tu madre nos dio una dirección equivocada porque cuando fuimos con la enfermera a buscarte

al P.J. El Porvenir, en el Jr. Ayacucho el número indicado no existía, sólo había unas chacras que señalaban el límite del pueblo y por más que indagamos nadie nos dio razón. Si yo mismo te hubiera llevado al hospital, hoy no estaría buscándote, pero no lo hice porque había otras madres con sus niños esperando ser atendidos, además me pareció suficiente hacer una nota con un resumen de tu mal y derivarte al hospital como lo había hecho en casos semejantes. Pero aquella tarde Noé, te pusiste a llorar en silencio y contagiaste a tu madre y a tu hermanito, también a mí; no pude resistir y lloré. Sólo a escondidas lo hacía siempre, pero esa tarde no tuve escapatoria, no tuve mi rincón, mi soledad, ni siquiera el valor de salir a secar mis lágrimas. Cuando saliste, escribí los rasgos de un poema y en tu historia clínica anoté algunas reflexiones inusuales, pero allí quedaron en la historia clínica No. 4135 que guarda los archivos de la Posta.

En la tarde del tercer día me acerqué a indagar sobre el niño al Hospital del Seguro Social, en Laderas del Norte. Era otra posibilidad de encontrarlo, tal vez la última, porque podría haber sido internado como indigente, no había otros nosocomios en el otrora primer puerto pesquero del mundo. La madre no era asegurada, había sido abandonada, como muchas otras; tenía 3 niños y se sostenía económicamente lavando ropa, de la caridad de las parroquias y de la ayuda de diversas congregaciones evangélicas que inundaban las zonas marginales de la ciudad del acero. Pero como hube de suponerlo, todo fue inútil, ni nombres, ni niños enfermos con diagnósticos semejantes encontré en las camas pediátricas del hospital de los asegurados.

Regresé a la Posta con el propósito de indagar por otros barrios o parroquias, era necesario ubicarlo a fin de que el niño recibiera su tratamiento, de que lo reiniciara la madre y de controlar a toda la familia seguramente contagiada.

Debía proseguir con la búsqueda por muchas dificultades que encontrara.

Un día Noé, después de 15 días de preguntar por ti en tantos lugares y de tantas noches de insomnio, me levanté una mañana decidido en buscar hasta el último lugar de

la ciudad a donde podías haber ido. En el Pueblo Joven San Pedro, alzado sobre el arenal del cerro y cerca a una milenaria huaca, allí te encontré. En la última fila de un cementerio clandestino, llamado "de los pobres", donde no hay nichos que pagar, ni partidas que declarar, ni siquiera cajones para el descanso eterno, allí estabas tú. Cubierto por la arena, rodeado de piedras y en medio de un viento que gemía como llanto consolando tu fatídico destino, encima tuyo unas maderas que simulaban una cruz, tenían grabado groseramente tu nombre: "Noé Abraham Villanueva. Q.E.P.D., 13-7-83".

SE NECESITA MUCHACHA

Llegué a Chimbote una madrugada de invierno, caía una garúa muy fina sobre mi rostro y el frío era penetrante. En las calles desiertas sólo recordaba las palabras de mi prima Hortencia "...llegas y tomas un carro de la línea catorce que va a la Caleta y le dices al chofer que te deje cerca de Enapu, verás que casi todas las casas de por ahí tienen avisos pidiendo muchacha". Cuando llegué no sabía que hacer, sólo miraba ese cerro y esa pista larga, larga. Caminé varias veces por la misma vereda hasta que me dieron ganas de ver otras casas. Al final de todo no sabía dónde estaba pero así fue que encontré esa casa, esa maldita casa. Me entusiasmó tanto su fachada, era igual o casi igual a las casas donde había trabajado mi prima en Lima y que yo las había visto en unas fotografías que ella me enseñó; toqué el timbre dos veces y apareció luego la señora quien al verme extendió una sonrisa.

- ¡Qué bueno que hayas venido! ¿Deseas el trabajo, verdad?
- Sí señora- y recordé otra vez a mi prima Hortencia "No vayas a ser tonta, primero averigua cuánto te pagan antes de aceptar"
- ¿Y cuánto es el sueldo?
- ¿Dónde has trabajado antes? ¿Tienes alguna recomendación?
- No señora, es la primera vez que voy a trabajar- le contesté ingenuamente.
- Mira, del sueldo no te preocupes, es mucho más de lo que pagan por otro lado, pero pasa, pasa, ven te enseño tu cuarto y hablamos mejor del asunto.

No sé por qué me quedé. Lo primero que hizo después de ponernos de acuerdo con el sueldo fue pedirme que me bañara mientras me hacía compañía. Yo nunca me había bañado delante de alguien, no quería, pero lo hice, avergonzada y temerosa. Esto no me lo había advertido mi prima Hortencia, yo me sentía mal, "No te preocupes -me dijo -entre las mujeres debemos tenernos confianza y verás que todo nos irá bien". Sonó el timbre y salió; aproveché para vestirme rápido, cuando regresó sonrió y me dijo: "No, no, estas ropas ya no te pondrás, si tú quieres lo harás cuando dejes de trabajar, pero aquí en la casa no, mi marido, yo y sobre todo a mis hijos nos gusta que la muchacha luzca bien; eso nos da más prestigio ante los demás", y yo me lo creí. La verdad es que no me sentía una sirvienta sino una invitada de la casa. La primera noche no pude dormir, lo que me había contado mi prima sobre el trato de los dueños de casa parecía estar lejos de mi caso. Al principio me costó adaptarme a tanta consideración. En una semana me habían transformado físicamente, la señora me había enseñado a maquillarme y además me había regalado un estuche de Yanbal y me había llevado a un salón de belleza para arreglarme el cabello, quedé tan hermosa que yo misma me asomé, me preguntaba qué diría mi prima si le contara todo esto, tal vez no me creería; pero había algo en todo ello, yo lo intuía, pero no sabía explicarme-lo.

El más impetuoso desde el principio fue el menor, siempre aprovechaba el mínimo descuido para manosearme pero casi siempre se ganaba sus coscorrones, luego, empezó el mayor hasta que quedé acorralada por dos fieras que siempre parecían estar en celo. Lo que me confortaba era que casi siempre la señora subía a mi habitación para contarme sus cosas y preguntar por las mías; le fui tomando tanto cariño que por más que me enojaban sus hijos no me decidía dejarlos.

La primera ausencia llegó con la primavera, por la noche la señora me anunció que al otro día bien temprano se iría con su esposo a Lima, que estos viajes siempre lo acostumbraban cada quince días y que lo habían dejado de hacer porque no tenían muchacha; pero ahora confiaban en que les iba a cuidar muy bien a sus "nenes". Me dio un pánico tremendo, quise ir con ellos o regresar a mi tierra. Total siempre viajaron y yo me quedé sola. Cuando regresaron llegaron con algunos regalos para mí, eran pequeñas cosas que me ilusionaron tanto y me

hicieron olvidar los estragos de la primera ausencia, los "nenes" no habían pasado más allá del manoseo y de los primeros intentos de entrar a mi cuarto. Una mañana, la señora subió a mi cuarto y me dijo que me tocaba enfermarme y que ahí me dejaba mi serena, esto me asombró, pues estaba dentro de nuestras confidencias, pero noté en ella una urgencia por saber si ya me había llegado la regla. Rápido pasaron los días y otra vez los señores estaban despidiéndose. Poco a poco los muchachos habían ido conquistándome que a la cuarta despedida también deseaba que se fueran y me dejaran sola con aquellos ardientes mocosos que despertaban en las cosas del amor conjuntamente conmigo, a pesar que en mi tierra tuve enamorado quien no pasó del abrazo y el beso, esa primera vez no salimos dos días de la cama, recuerdo que tomamos sólo gaseosas y comíamos galletas y fue así que me convertí en la mujer de dos hermanos, juramos entre los tres, yo más por vergüenza que por otra cosa, guardarlo en secreto, pero ellos pusieron como condición volver a repetir la experiencia en las oportunidades que viajaran los señores, yo acepté por salir del apuro, nada más. Cuando llegaron los señores dijeron que me traían un gran regalo y que lo hacían por el gran cariño que me tenían y era nada menos que un toca casset con unas cuantas cintas, no me quedaron ganas de decirles que me iba, que ya no quería trabajar. Desde entonces vivía entre el chantaje de los "nenes" y el aprecio de los señores, hasta que llegó el día en que no me enfermé, pasaron dos, tres y cuatro días y nada, la más preocupada era la señora, yo no sabía cuándo había sido, ni quien; ellos habían hallado la forma de amenazarme si no les abría la puerta a la hora en que los señores estaban durmiendo. La señora me dijo con unas ampollas se me regulaba la regla y que eso siempre les ocurría a las mujeres, yo también me lo creí, desde ahí los "nenes" bajaron sus ímpetus, pero nuevamente, después que todo se normalizó, volvieron los viajes y los regalos; pero las ampollas también se repitieron en otras tres oportunidades hasta que hace unas semanas en un momento de cólera, Carlos, el menor me llamó puta, le aventé un par de manazos y comenzó a gritar porquería y media, entre ellas el por qué eran los viajes de los señores, que él los había oído conversar una noche.

- Los muchachos ya están grandes y tienen necesidades. Hoy al tenderles la cama les he encontrado revistas pornográficas.
- Eso me alegra, comienzan a ser hombres como su padre.
- Y como hombre tienes que hablarles de esas cosas ¿No pensarás

llevarlos a algún prostíbulo, verdad?

- Llevarlos no, pero insinuarles sí.
- ¡Estás loco! Sabe Dios qué mujeres inmundas trabajarán allí.
- Entonces ¿Qué quieres que haga?
- Si no sabes qué hacer, yo sí sé, eso se arregla con un aviso en la puerta y algunos días en la otra casa de La Florida. Déjame que lo solucione como la gente de nuestra clase.

Es así como ahora estoy en estado porque no he dejado que me pongan otra ampolla y me han tirado a la calle únicamente con lo que tengo encima porque además dicen que soy una inmoral, una corrompida, que he seducido a sus hijos y que de quién diablos será el hijo que llevo, pero antes de botarme la señora salió a pegar otra vez un aviso "Se necesita muchacha", sólo me queda regresar a mi tierra, aquí no conozco casi a nadie, por favor, señor, lléveme usted, aunque sea viaje de pie, hágalo por Dios.



Comentarios

ANGELUS NOVUS

Eduardo Urdanivia

El libro *Arte de Navegar*, de Juan Ojeda, es el que motiva estas reflexiones sobre la poesía de este poeta peruano nacido en Chimbote en 1944 y muerto en Lima en 1972. Se trata de un encomiable esfuerzo editorial de Ediciones Runakay, que hace justicia a quien en vida no pudo ver su poesía reunida en un solo volumen, y permite al público iniciarse en una de las aventuras poéticas más complejas y fascinantes de estos últimos años.

Juan Ojeda fue siempre un marginal dentro de la poesía peruana; Rubén Darío lo hubiera incluido entre sus "Raros". Ocurre que nadie ha escrito como Juan Ojeda en el Perú; ni con su lenguaje críptico ni con su vehemencia y es que no menos cifrada e intensa es la realidad acerca de la cual nos habla. No existe parangón entre Ojeda y los poetas que escribieron en los mismos años en que él lo hizo; -

hay que volver atrás para hallar alguien que se le emparente, si no en la lengua al menos en sus preocupaciones metafísicas. No hay en esto un juicio valorativo, sino tan sólo el comprobar la insularidad de Ojeda. Así, Martín Adán resulta ser su más cercano congénere.

Juan Ojeda es creador de un lenguaje que está a la altura de los temas básicos que lo obseden; alejado radicalmente de toda expresión coloquial, sus palabras son trágicas y solemnes como la realidad que intentan aprehender. El suyo es un lenguaje que participa simultáneamente de la claridad y la oscuridad; es claro porque transmite ideas que son comprensibles para el lector, y oscuro porque esas ideas conservan su naturaleza sagrada.

Esta última palabra es clave para acceder a una comprensión cabal de la poesía de Ojeda que se interna en y da cuenta de lo que podría llamarse el "Misterio". En efecto, hay una dimensión de la realidad que no podemos penetrar con el lenguaje, es lo inefable; sabemos que existe, que está en alguna parte, la sentimos, la intuimos, la experimentamos en formas diversas y siempre individuales pero no podemos nombrarla, no tenemos nombre para ella; pertenece al ámbito de las certezas, pero sin por eso abandonar el reino de las tinieblas.

La poesía de Ojeda indaga por esa vertiente que de antemano sabemos tan concreta como inmaterial, tan obvia como tan necesitada de luz. Ojeda inquiere con su palabra acerca de lo que antemano como acerca de lo que acaso nunca tenga nombre.

Pero, así como los poetas cristianos transmiten las vicisitudes de su búsqueda y la plenitud del encuentro, Ojeda parte de una postura agnóstica negadora de la existencia de Dios, aunque reconociendo que existe algo -el Misterio- y poetizando sobre ello. El resultado es el horror, el vacío constante, el desengaño continuo, la esperanza fraudulenta, la identidad siempre desquiciada por esa "Fábula atroz" y demencial llamada mundo. Ojeda es un poeta que buscó sin pausa a un Dios que se le reveló como oscuro y cifrado y que no quiso concederle la gracia de la luminosidad de la fe.

El "Misterio" aludido es, en palabras del poeta francés Claude Renard, "Lo absoluto irreductible, incognoscible en sí, que supera los conceptos de ser y no ser, de uno y múltiple, de posible e imposible, de tiempo y eternidad" (C. Renard, "Poesía, fe y teología", Concilium No. 115, Mayo 1976, p.176).

Por lo dicho, la poesía de Ojeda figura lo infigurable, imagina lo inimaginable, formula lo informulable; es decir, nombra en el sentido más literal del término: da nombre, y con ello da vida, permitiendo que una infinidad de universos accedan a la existencia.

De este modo, puede decirse que la poesía de Ojeda no está de manera alguna por encima de la contienda histórica, ni se desentiende de las grandes preocupaciones existenciales; por el contrario, está en el corazón de lo material. La poesía de Ojeda no es un ejercicio circunstancial, vivió en "trance de poesía", escribir comprometió su existencia sin personar resquicio alguno. La muerte -temprana en su caso-, la "muerte enamorada" que diría Miguel Hernández, llegó sin duda para él como la iluminación final que deshizo las sombras que en su vida percibiera y de las que dan testimonio sus palabras.

Walter Benjamín en una de sus "Tesis sobre la filosofía de la historia" (Neue Rundschau, 61, 3, 1950). describe un cuadro de Paul Klee que, a mi modo de ver, es un retrato de lo que Juan Ojeda fue y sintió: "Una pintura de Klee llamada 'Angelus Novus', representa un ángel que parece estar a punto de alejarse de algo que contempla fijamente. Sus ojos inmóviles, su boca abierta, sus alas desplegadas. Tal es el aspecto que debe tener el ángel de la historia. Tiene el rostro vuelto al pasado. Lo que para nosotros se presenta como una cadena de acontecimientos, para él no es sino una sola y única catástrofe, que no cesa de amontonar ruinas sobre ruinas y las arroja a sus pies. Quisiera quedarse, despertar a los muertos y reconstruir lo que ha sido destruido. Pero del paraíso sopla una tempestad que se apodera de sus alas, tan fuerte que el ángel no puede cerrarlas. Esta tempestad

lo empuja irresistiblemente hacia el futuro, hacia el cual él da la espalda mientras que delante de él las ruinas se acumulan hasta el cielo. Esta tempestad es lo que llamamos el progreso".

Juan Ojeda fue ese Angelus Novus que ante esta tragedia cósmica encontró en la poesía si no la salvación al menos una huella de esperanza. Puesto que el mundo se le figura como un esbozo fraudulento, debe existir necesariamente algo o alguien que redima ese engaño. Allí Ojeda encontró el "Misterio". Su poesía conjura ese Misterio a través de una serie de invocaciones a otros



Juan Ojeda

poetas, filósofos, y científicos de diversas épocas y de países distintos. Todos ellos angustiados por las mismas preguntas trascendentales; en ellos encontró Ojeda no sólo compañeros de viaje, sino alimento a su escasa esperanza y también a su cuantiosa duda. Así, escuchamos a Boecio hablar desde su prisión en Pavia sobre los consuelos de la filosofía; y a Swedenborg acerca de los arcanos celestiales; acompañamos a Paracelso en su continuo destierro por causa de su alquimia apasionada, y a Mencio el seguidor de Confucio en su marginalidad debido a sus ideas. No podían faltar -sello de su época- algunos poetas de habla inglesa como T.S., Eliot, Daylan Thomas, y William Carlos Williams; pero curiosamente falta el gran maestro Ezra Pound. Asimismo, están presentes Baudelaire y Mallarmé, pero extraña la ausencia de Rimbaud, Dante, Leopardi, Goethe, Trakl, Quevedo, San Juan de la Cruz, Martín Adán, completan un cuadro que refleja la amplia cultura de Ojeda, y también su gusto por la cita o referencia eruditas.

Juan Ojeda no publicó demasiado en vida, de allí que **Arte de Navegar** se hace lectura obligada para quienes se interesen por la poesía peruana y por la buena poesía en general. Valga esta ocasión para recordar una plaquette publicada por el Centro de Estudiantes de Literatura de la Universidad de San Marcos en setiembre de 1970, y que no se menciona en las bibliografías sobre Ojeda; esta plaquette formó parte de la Colección "Gesta", No. 4, y contiene el poema "Elogio de la destrucción".

LA INTENSIDAD CREADORA DE MANUEL IBAÑEZ ROSAZZA

Saniel E. Lozano Alvarado

Ahora que el espíritu del poeta se ha consustanciado para siempre con la naturaleza fecunda y variada de Cajamarca, la tierra que lo acogió con cariño y a la que devolvió con creces el fruto macerado de su múltiple creación, conviene hacer un recuento, por lo menos panorámico, de la rica e intensa producción literaria de Manuel Ibañez Rosazza, que finalmente cayera abatido por un certero derrame cerebral, el pasado 2 de Julio en el Hospital Edgardo Rebagliati, de Lima y cuyas sentidas y dolientes exequias, dos días después, en la propia Cajamarca, convocara a una multitud huérfana del calor que avivó en todos los sectores la infatigable actividad de Manuel.

Desde luego, no es éste un balance o un juicio definitivo. Ojalá haya tiempo y espacio para dedicarle una atención más concentrada. Sólo aspiramos a ofrecer un recuento de sus logros más significativos en la construcción de esos otros mundos sobrepuestos, complementarios o simultáneos con la realidad objetiva de la peripecia existencial, que es la literatura y todo el ejercicio de la palabra artística.

LA VENA POETICA

De sus fervores juveniles y de su estancia trujillana, los trabajos más representativos de Ibañez son "Cotidiano es el viento" (1965) y "La ciudad otra vez" (1966), publicados por Cuadernos Trimestrales de Poesía, organizadora del Concurso Poeta Joven del Perú, preciado galardón que el autor obtuviera el año 65. Otro título de esa misma época es "Esa enorme estrechez", también de 1966.

La segunda y definitiva etapa está marcada por una producción traspasada de inspiración popular, de fuerza telúrica, de asimilación del ámbito rural andino, de adentramiento con la singular visión cósmica de Cajamarca. Es la época en que la producción brota tersa, cristalina, espontánea, continua, indetectable, como el agua de los puquiales de Llacanora, entre el follaje de quinuales y alcanfores, con el murmullo conversador de los pájaros y la sensibilidad casi humana de las piedras de altura, bajo la égida del Cumbe y los vestigios de nuestros ancestros incaicos.

A esta decisiva época pertenecen: "Piedras de Cajamarca" (1976), "Altas canciones" (1971) -poemarios del canto a la jalca, a la ligazón con la tierra de cantería y los pétreos farallones de los Cumbes-; "Celebración del ají" (1975) elogio del condimento de la nutrición vital; "Sexteto de cuerdas" (1978), expansión del espíritu bohemio, no exento de jarana, con el que obtuviera el segundo premio de la Sociedad Cultural "Insula", de Lima; "Silencio uno" (1979), meditada concentración sobre la condición y el destino del hombre; "Palomas sobre los tejados" (1981), transcendencia del lenguaje poético para simbolizar el mensaje de paz y pureza encarnado por el vuelo de tan preciosas aves; "Sonetos sobre la mesa" (1988), máximo testimonio de compenetración con un pueblo generoso y que entre ollas, cucharas y sazones, se convierte en un singular elogio de la comida tradicional de Cajamarca.

Otros títulos poéticos son "El herramientario y otros artefactos" (1976) y los inéditos "Poemas casi últimos" y "Pájaros de Cajamarca".

POR LA TRAMA DEL RELATO

En el cultivo de la narración, la producción de Manuel Ibáñez sigue dos orientaciones muy claras y definidas: el relato de ficción sobre temas urbanos y el de inspiración infantil.

Corresponden al primer grupo: "Se alquila cuarto con baño, razón arriba" (Finalista del Premio Copé, 1981), "A Frida no le gustan los caramelos de menta" y "Cerré la puerta, bajé las escaleras", ambos distinguidos en el Cuento de las "Mil Palabras" de la revista "Caretas", los años 82 y 83. Igualmente notable es su cuento "De Roberto, la rosa y la felicidad".

En el área del cuento infantil y juvenil destacan: "La astucia de las gallinas", publicado por la trunca revista "Cholito", animada en Chimbote por Oscar Colchado y Gonzalo Pantigoso, a comienzos de la década del 80; "Honor al mérito" y "Una historia de hormigas", incluidas en las antologías de Roberto Rosario Vidal: "La barquita de papel" (INAPROMEF, 1979) y "Antología Nacional de Literatura infantil" (INABIF, 1984), respectivamente. En general, los cuentos infantiles de Ibáñez pertenecen al volumen inédito "El estornudo de la mariposa".

LAS MUESTRAS ANTOLOGICAS

Junto con la facultad creadora, Manuel estudia, selecciona, ordena y pone en circulación valiosos trabajos como: "Antología poética de Pablo Neruda" y "Pablo Neruda, Últimos poemas", ambos de 1972. Después, del 74 al 76 entrega su trilogía sobre el árbol en la literatura peruana, americana y universal.

Y de su permanente aliento a las nuevas voces que se empeñan en labrarse un lugar en el limbo poético, brota "Rostros de eucaliptos descubiertos por la luna", que recoge los logros de la poesía joven de la Universidad de Cajamarca representada hacia 1981, por Fransiles Gallardo, Wálter Terrones, Gonzalo Partigoso, Manuel Alcalde, Darío Estrada y Bethoven Medina.

EL ENSAYO, LA CRITICA Y EL PERIODISMO

En la indagación analítica y crítica, también los trabajos de Manuel Ibáñez Rosazza revelan su formidable y sutil capacidad para encontrar explicaciones, señalar tendencias, distinguir caracteres, destacar significaciones y valores. Así lo testimonian numerosos títulos: "José María Arguedas, alumno y maestro" (1971), "Martín Adán: el solitario acompañado" (1975), "El simbolismo sexual en las coplas de Cajamarca" (1975), "Chocano, otra resurrección" (1975) y "Antenor Orrego y sus dos prólogos a Trilce" (a la obra fundamental de Vallejo y al Grupo formado en Trujillo hacia la década del 50).

La energía vital y la amplitud panorámica, unidas a una formidable cultura general, le permiten también abordar otros temas: "Periodismo y educación" (1978) "Cajamarca, turismo y comunicación" (1980) y "Bolívar en Cajamarca" (1983).

Habría que considerar también sus numerosos artículos y comentarios periodísticos en prensa, radio y televisión: "La Industria" (y sus suplementos), de Trujillo; "El siglo", "La Voz de Cajamarca" y otros órganos periodísticos; su labor de dirección en la primera etapa de "Albores" y "Letras", del Departamento de Idiomas y Literatura de la Universidad Cajamarquina. Así mismo, su fervorosa labor de estímulo y colaboración en la sede departamental del INC, la Asociación de Artistas Aficionados, La Municipalidad, el Club UTC, etc.

EN LA LITERATURA INFANTIL Y JUVENIL

Aparte de la referencia al cuento infantil, la adhesión de Manuel Ibáñez Rosazza al desarrollo de la literatura infantil y juvenil ha sido exitosa,

estimulante y esclarecedora en varios aspectos:

como expositor, organizador, directivo y ponente, se distinguió por su sobria formación, por su autorizada palabra, por su claridad didáctica, por la solidez argumental y por su infaltable amenidad no exenta de sabrosas anécdotas.

Subrayamos el hecho de que Manuel Ibáñez Rosazza debe ser uno de los pocos, o quizás el único escritor que ha asistido a todos los Encuentros Nacionales de Literatura Infantil y Juvenil, que se vienen realizando desde 1982, en Lima, a partir de cuya fecha nos hemos congregado sucesivamente, hasta el año pasado, en: Cajamarca, Chiclayo, Ica, Trujillo, Ayacucho Tumbes y Arequipa.

Ahora, pues, tendremos que caminar sin la corpórea presencia del simpático y tierno escritor; pero, sin duda su recuerdo avivará la vena creadora y la inspiración literaria de quienes continuamos en la brega, en la construcción de esos mundos cuya materia prima, hondura y fervor es la palabra.



A una voz

FLORES DE CAJAMARCA PARA MANUEL

El siguiente es el texto de la oración fúnebre pronunciada el 3 de Julio, en el Cementerio General de Cajamarca, por el Dr. Luzmán G. Salas Salas, destacado intelectual y escritor, ante la tumba del poeta Manuel Ibáñez Rosazza.

Señores:

Hemos venido a dar el último adiós al poeta, al maestro, al escritor, al artista, al amigo, al periodista; y a brindarle el postrer homenaje de la Facultad de Educación y de toda la familia universitaria.

Cajamarca llora la ausencia física de Manuel. Se apagó su vida lentamente, porque no quería irse de nosotros; su talento fue herido con la furia de una terrible conmoción cerebral. Antes la muerte había ya probado con el corazón del poeta; pero Manuel no quería irse... Se resistieron su vigorosa inteligencia y la bondad infinita de su espíritu; cerebro y corazón se unieron en dura batalla contra los heraldos negros que le mandó la muerte.

Se fue Manuel sin dictar la última lección; no pudimos ver sus últimos libros de poemas cuyos títulos ya los anunciaba: "Pájaros de Cajamarca" y "Ultimos poemas". No nos regaló la última lección, pero nos dejó una gran tarea; ante él vamos a rendir el examen obligado; él nos calificará aprobatoriamente si lo imitamos como hombres buenos, sencillos, trabajadores, sensibles, afables, inteligentes y creativos.

Queda en nuestra memoria su charla amena, su sencillez a pesar de sus lauros nacionales y la grandeza de su obra, sus chascarrillos contados con fino humorismo, su indulgente actitud de maestro, su asesoría de poeta y escritos, su permanente trabajo de animador cultural; el pasito cansino de los últimos días

La presencia del pueblo para dejar aquí el cuerpo inerte de Manuel es el mejor testimonio y el más elocuente gesto de gratitud y reconocimiento al amigo de todos que durante veinte años paseó su existencia en Cajamarca. Limeño de nacimiento, trujillano de formación infantil y juvenil, y cajamarquino de corazón. Como se dijo ante el deceso de Palma, hoy podemos expresar con justeza y propiedad ante la desaparición de Manuel: "Se ha quedado sin alma nuestra ciudad". Aquí en Cajamarca encontró el poeta la ocasión de conjugar su alma con la idiosincrasia de sus gentes; su pupila se maravilló ante la policromía serrana, y su talento encontró el vehículo expresivo de sus mejores creaciones literarias.

Manuel deja un vacío difícil de cubrir. Sus cualidades polifacéticas le permitieron desarrollar acciones fecundas en la Universidad, especialmente en la facultad de sus grandes realizaciones, la Facultad de Educación y el Departamento de Idiomas y Literatura; pero su presencia también se advirtió en las diversas unidades académicas de nuestra Primera Casa Superior de Estudios. Fuera de ella cumplió inolvidables tareas en el Instituto Nacional de Cultura, la Asociación de Artistas aficionados, FOPTUR, Asociación Peruana de Literatura Infantil y Juvenil, Municipalidad, Centros Educativos de diferentes niveles, Club UTC., talleres de redacción de revistas y periódicos; cenáculos y fiestas populares; protagonista de alegres carnavales y fraternos saraos. Se identificó con Cajamarca a la manera de los auténticos cajamarquinos. Aquí está su gran hogar espiritual.

Nunca uno sabe cuál será la morada eterna y definitiva de los poetas. Pero sí sabemos que Manuel se queda en Cajamarca con el don de ubicuidad en el viento cotidiano del ande, caminando otra vez en la ciudad, reiterando sus pasos para hallarse con nosotros: en la tertulia amical y en la conferencia académica; en el dibujo, la pintura, el diagramado o el traqueteo de una máquina de escribir; en misterio de las piedras de los Frailones Ventanillas, iglesias, el Cuarto del Rescate, portadas, piletas, patios y casonas coloniales, y acaso entre las uvas de la Catedral...; en Santa Apolonia y el calor de Los Perolitos; en el parpadeo de las alas sobre los tejados; en las altas canciones de los hermanos de "quipe" y llanque; en las cucharas y el cajón; en el silencio de las madrugadas frías; en el bordón de las guitarras bohemias, en la copla callejera y en el caldo verde con celebraciones de ají jijuna; sobre la mesa del yantar familiar o entre las flores de Cajamarca.

Manuel: Cajamarca te llora, pero te acoge eternamente en su seno. Te vas en las alas del silencio, con el viento, con el agua, con el trigo hecho espiga, con el color de la retama y con tus gentes. Tú lo quisiste así; por eso decías: "Y yo/ en este Perú extraño/ me revuelvo/ cayendo de universo/ con el viento entre los dientes/ saturado de pulmones/ laderas abajo/ pero siempre pegado al suelo/ con ganas/ a pesar de todo/ por encima de todo/ de darles la mano a las gentes/ y levantarlos".

Por todo ello compuse para ti mi ofrenda lírica:

PALABRAS PARA TU ÚLTIMO SUEÑO

Hoy que tus pasos vienen al encuentro de tus pies,
hoy que tus labios se quedan sin palabras encendidas,
hay en tus ojos un espejo de crepúsculo,
hay en tus manos dos palomas ateridas.
Hoy se cae nuestra pena hacia dentro
como caen las líneas de tus párpados;
hoy mi angustia se astilla en cada arista
y de borde a borde está llorando mi tristeza.

Aún recuerdo el día en que tu corazón
se abrió como una roca ante mi puerta
y tu mirada estaba llena de distancias.
Yo sé que volveré a encontrarte
de perfil en cada esquina del silencio
con la página en blanco de tu frente,
con tus huellas en la cuesta del dolor
y tus lunes sin domingos florecidos.

Volverás cada mañana como un río de cristal
a encerrar en la fronda de tus versos
los amores disfrazados de espejismos
los sueños infinitos de los huérfanos,
la mano abierta del mendigo,
el pan dividido en cien bocados,
el zapato roto del hermano,
la cifra del uno sojuzgando al dos.

Quédate para siempre entre nosotros
en el beso azul de los acéanos,
en la triste sinfonía de la puna,
en la verde lágrima de los sauces,
en el vuelo cristalino de las aves,
en la lluvia deshilándose por copos
y en todas las cosas eternas de este mundo.

Finalmente, te decimos, Manuel: Gracias por tu obra literaria; gracias por tu nobleza infinita; gracias por quedarte para siempre entre nosotros.

Ante la gloria de tus versos, te decimos descansa en paz.



XYZ

EDUARDO URDANIVIA BERTARELLI:(El Alto Piura, 1947). Colaborador del Centro de Estudios y Publicaciones (CEP). Docente de la Universidad Nacional Agraria. Ha publicado "Al encendido fuego" con el cual compartió el Primer Premio de la Tercera Bial de Poesía Premio COPE de 1986 y el libro de crítica literaria: "La poesía de Ernesto Cardenal: cristianismo y revolución" en 1984. Su artículo sobre Ojeda, se publicó en la Revista Páginas No. 83 de 1987.

MEDALIT ESCALANTE: (Chimbote, 1967). Estudia en la Escuela Superior de Periodismo "Jaime Bausate y Meza" de Lima. Primer puesto en el concurso de narración sobre los derechos humanos y violencia en el Perú, organizado por IPEP en 1985.

ENRIQUE TAMAY: (Chimbote, 1964). Estudia Lengua y Literatura en la Universidad Particular San Pedro de nuestra ciudad. Ha publicado el libro de breves narraciones "Abriendo la puerta" en 1988.

SANIEL LOZANO ALVARADO: (Salpo, 1943). Docente de la Universidad Nacional de Trujillo. Ha publicado entre otros estudios "Literatura infantil y educación" (1977), "Ande e Indigenismo: Identidad y Conflicto" (1982) y "La tierra encantada" (1989).

FELIX RUIZ SUAREZ: (Trujillo, 1926) Ha publicado el poemario "Sintonía del alba". Primer puesto en poesía en el concurso cultural organizado por el Concejo Provincial del Santa en 1989.

ANTONIO SALINAS: (Chimbote, 1944). Reside en Francia, en 1985 publicó el libro de cuentos "El Bagre Partido".

alborada agradece a las siguientes personas e instituciones que han hecho posible con su auspicio la presente edición:



UNIVERSIDAD
SAN MARTIN DE PORRES
4TO. ANIVERSARIO

De actividades en Chimbote
1986 -setiembre- 1990

¡La disciplina y la eficiencia
son nuestro norte!

¡Por la educación y la cultura
en Chimbote!

Director- Promotor:
Ing. Ananías Narro Culque

Alfonso Ugarte 617 - 2do. Piso



ENRIQUE FERREYROS
S.A.

DISTRIBUIDOR EXCLUSIVO

CATERPILLAR



Massey Ferguson

Perkins

AV. LA MARINA - NO 161

APARTADO 169 - TLF. 311411

TELEX 44258 - FAX 312026

URB. HERMES AIDRES

CHIMBOTE

Farmacia

FATIMA

Agradece
su
Preferencia



Superstock de medicamentos
permanentemente renovados y actualizados
Perfumería fina al mejor precio

LUIS PERCOVICH ROCA
ROBERTO TANG ROCA
JULIO FLORES E

QUIMICOS FARMACEUTICOS

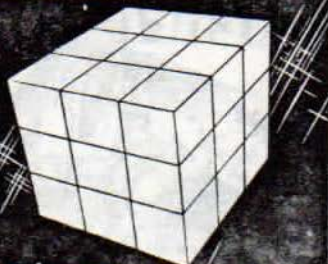


ESQ. 1. PRADO - ELIAS AGUIRRE 309

TELEFONO 322351

UNMSM-CEDOC

**Desea Agilidad,
Rapidez
y Excelente
Coordinación...**



**... entonces
lo que usted requiere
son los Hiperservicios del
BANCO
HIPOTECARIO**

Cada día más y mejores servicios

**BANCO
CENTRAL
HIPOTECARIO
DEL PERU**



Evidentemente, el Banco más sólido del País.

El centro del buen vestir
y el mejor calzar



Con lo más
completo
en

y la
línea
del
futuro:
Panasonic

LEONCIO PRADO
Nº 413 451
TELEFONOS

- 31952
- 313961

**IMPORTADORA Y DISTRIBUIDORA
ELECTRO GOSA S.C.R.L.**

Farmacia "GÁLVEZ"

Rogelio Peralta V.

Puertas abiertas a la salud

**Av. Gálvez 489 — Teléf. 321641
CHIMBOTE**

"CINCO S"

**Centro de Intercom. Social
DPTO. SERV. GRAFICO**

- OFFSET
- TIPOGRAFIA
- FOTOCOPIAS
- TEXTOS IBM

*Impresiones en
General
a i COLORES!*

AV. MEIGGS 570 TELF. 32-1392 - CHIMBOTE



CREDICOOP
SAN CARLOS

¡LA MEJOR!



31 AÑOS
AL SERVICIO
DEL PUEBLO
Y LA CULTURA

- Cheque Ahorro
- Plus Ahorro
- Inverplus
- Credifácil

AV.V.R. HAYA DE LA TORRE 468, Telef. 325952

CHIMBOTE

TRUJILLO - HUARAZ - CASMA - SANTA - HUARMEY - HUARI

UNMSM-CEDOC



*Y ansié entonces palomas/ volando sobre un país más
justo,/ plumas aireadas/ sobre menos asfixias,/ un
país como un jarro de sueños/ hermoso, permanentes
y palpables,/ un país con una fiesta/ en cada lavatorio,
flores/ en los dedos y cada día/ como una lámpara
común y generosa...*

Manuel Ibáñez Rasazza